

## BELLAS ARTES

### D. FABIAN DE LA ROSA



CON ser mucho lo que se ha escrito sobre el paupérrimo ambiente en que vive el arte de la pintura en Filipinas, no se ha dicho aún lo bastante para sacudir la indiferencia glacial y, hasta nos atreveríamos a decir, hostil, que por todo premio y estímulo encuentran los que cultivan esa noble arte.

Pero no se asuste el lector; no es nuestro ánimo ocuparnos ahora de esa añeja y por las trazas irremediable cuestión porque nuestras palabras, faltas de toda competencia y autoridad, caerían infaliblemente en el vacío sin el menor eco, y porque al pergeñar estas líneas solo nos guía el propósito de hablar un poco de arte, abriendo un breve y cordial paréntesis en la prosa del vivir cotidiano.

Don Fabián de la Rosa es hoy, sin disputa, un valor de muy subidos quilates y único quizá en el campo de nuestro arte pictórico. Su arte es fiel trasunto de su carácter, de su temperamento, noble, franco, recio y rectilíneo. Así, ve e interpreta la naturaleza en sus multiformes mani-

festaciones con visión amplia y certera, sin lirismos ni efectismos fáciles o rebuscados, sino por el contrario con acentos de verdad y de belleza exquisita y depurada, ejecutando sus obras con una manera vigorosa y segura y una técnica de gran maestría.

En el retrato ha llegado a alturas muy envidiables pero tanto en ese género, que domina y ha hecho suyo por completo, como en cualquier otro de los variados que abarca la amplísima heredad de la pintura, su personalidad se destaca preeminente e inconfundible.

Buena y sobrada prueba son los dos retratos que publicamos en estas páginas. La Asociación de Artistas franceses ha admitido en el Salón de Exposiciones de este año, en el Grand Palais, París, dos cuadros al óleo firmados por don Fabián de la Rosa. Son dos retratos, el uno de la señora de don Ramón Ramírez, de París, y el otro del joven Ramoncito hijo único de este matrimonio, muerto hace dos años. Aún siendo obras de un mismo autor, difieren, sin embargo, entre sí, en técnica y estilo; y la razón de esto es que el artista ha querido poner en práctica sus conocimientos en ambas materias, tratése ya de procedimientos e ideas clásicas, ya de los modernos; pero en ambos casos la personalidad del autor es la primera cosa que aparece, clara e inconfundible, a los ojos del espectador inteligente.

El retrato de la dama, por ejemplo, bien que de factura y ambiente bastante clásicos, contiene, no obstante, detalles que denotan claramente su filiación modernista que nos recuerda bastante a Degas en su mejor época. Por contra, el retrato del joven, sentado en un bote y teniendo por fondo el río Sena fuera de París, es de un sello marcadamente moderno, pero al propio tiempo nos hace recordar la escuela holandesa, en particular la manera de Frans Hals. A pesar de estas diferentes reminiscencias de escuelas y estilos, la personalidad del autor—repetimos—aparece inconfundible, clarísima, lo que es esencial en toda obra artística.

Esta peculiar característica hace que, en conjunto la obra pictórica del Sr. de la Rosa sea perfectamente definible en los distintos períodos que comprende.

Don Fabián de la Rosa acaba de regresar de un viaje de estudio a distintas e importantes ciu-

dades de Europa, habiendo celebrado en Madrid, capital de nuestra antigua Metrópoli, con notable éxito, una exposición de un número reducido y escogido de sus obras, una de las cuales ha sido adquirida por el Gobierno español para el Museo de Arte moderno.

Como fruto de su viaje tiene propuestas grandes y notables mejoras en el plan de enseñanza de nuestra Escuela de Bellas, de la que es Director, suprimiendo o modificando ciertos métodos anticuados o ya en desuso, para colocar dicho plan, en términos generales, a la altura de los que siguen centros de enseñanza similares de Europa.

En la actualidad, don Fabián de la Rosa, que no conoce el cansancio y practica su arte con entusiasmos y fervores inextintos, buscando continuamente nuevas orientaciones estéticas y las mayores dificultades técnicas, para dominarlas y resolverlas, se halla ejecutando una serie de obras que destina para una futura exposición en el extranjero.

Con pintores del temple y el temperamento de don Fabián de la Rosa, el arte de la pintura no puede desaparecer de Filipinas, mas antes bien seguir, aunque con no pocos trabajos y sacrificios



y sinsabores, una trayectoria ascendentes y gloriosa.